



Kate Chopin  
Una Mujer  
Respetable

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **UNA MUJER RESPETABLE**

**KATE CHOPIN**

**PUBLICADO: 1894  
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

## UNA MUJER RESPETABLE

La señora Baroda se sintió algo contrariada al enterarse de que su marido esperaba la visita de su amigo Gouvernail, que venía a pasar una o dos semanas en la plantación.

Habían recibido a mucha gente durante el invierno; buena parte del tiempo la habían pasado también en Nueva Orleans, entregados a diversas formas de moderada disipación. Ahora ella aguardaba con ilusión un periodo de descanso sin interrupciones y de tranquilo tête-à-tête con su marido, cuando él le informó de que Gouvernail iba a venir a quedarse una o dos semanas.

Era un hombre de quien había oído hablar mucho, pero al que nunca había visto. Había sido amigo de universidad de su marido; ahora era periodista, y no era en modo alguno un hombre de sociedad ni un «hombre de mundo», lo cual quizá explicaba, en parte, que ella no lo hubiera conocido nunca. Pero, sin darse cuenta, se había formado una imagen de él en la cabeza. Se lo figuraba alto, delgado, cínico; con quevedos y las manos en los bolsillos; y no le gustaba. Gouvernail era lo bastante delgado, pero no era muy alto ni muy cínico; tampoco llevaba quevedos ni metía las manos en los bolsillos. Y a ella más bien le gustó cuando se presentó por primera vez.

Pero por qué le gustaba era algo que no lograba explicarse de manera satisfactoria cuando intentaba hacerlo a medias. No descubría en él ninguno de aquellos rasgos brillantes y prometedores que Gaston, su marido, le había asegurado tantas veces que poseía. Al contrario, permanecía más bien calla-

do y receptivo ante el locuaz empeño de ella por hacerlo sentirse en casa y ante la franca y verbosa hospitalidad de Gaston. Sus modales con ella eran tan corteses como podía exigir la mujer más puntillosa; pero no hacía ningún esfuerzo directo por ganarse su aprobación, ni siquiera su estima.

Una vez instalado en la plantación, parecía gustarle sentarse en el amplio pórtico, a la sombra de una de las grandes columnas corintias, fumando perezosamente su puro y escuchando con atención las experiencias de Gaston como plantador de azúcar.

—A esto lo llamo yo vivir —solía decir con profunda satisfacción, cuando el aire que atravesaba el cañaveral lo acariciaba con su cálido y perfumado roce de terciopelo.

También le agradaba familiarizarse con los grandes perros que se le acercaban y se restregaban sociablemente contra sus piernas. No le interesaba pescar, y no mostraba ningún entusiasmo por salir a matar picogrueros cuando Gaston se lo proponía.

La personalidad de Gouvernail desconcertaba a la señora Baroda, pero él le gustaba. En realidad, era un hombre amable e inofensivo. Al cabo de unos días, al ver que no lo comprendía mejor que al principio, dejó de sentirse desconcertada y siguió irritada. En tal estado de ánimo, dejó a su marido y a su huésped, en gran medida, solos el uno con el otro. Luego, al comprobar que Gouvernail no parecía ofenderse en absoluto por su proceder, le impuso su compañía, acompañándolo en sus paseos ociosos hasta el molino y en sus caminatas por la franja aluvial del río. Procuraba con persistencia penetrar en la reserva en la que él, sin ser consciente de ello, se había envuelto.

—¿Cuándo se marcha..., tu amigo? —preguntó un día a su marido—. Por mi parte, me cansa espantosamente.

—Aún no hasta dentro de una semana, querida. No lo entiendo; no te da ningún trabajo.

—No. Me gustaría más si me lo diera; si fuera más como los demás y yo tuviera que organizar algo para su comodidad y entretenimiento.

Gaston tomó entre las manos el lindo rostro de su esposa y miró con ternura y risa sus ojos turbados.

Estaban arreglándose juntos, con amable familiaridad, en el tocador de la señora Baroda.

—Estás llena de sorpresas, ma belle —le dijo—. Ni siquiera yo puedo prever nunca cómo vas a actuar en unas circunstancias dadas.

La besó y se volvió hacia el espejo para anudarse la corbata.

—Y aquí estás —prosiguió—, tomándote en serio al pobre Gouvernail y armando un revuelo por él, que es lo último que él desearía o esperaría.

—¡Revuelo! —replicó ella, acalorada—. ¡Qué tontería! ¿Cómo puedes decir una cosa así? ¡Revuelo, nada menos! Pero, ya sabes, dijiste que era inteligente.

—Y lo es. Pero el pobre hombre está agotado de tanto trabajar. Por eso le pedí que viniera aquí a descansar.

—Antes decías que era un hombre de ideas —replicó ella, sin dejarse apaciguar—. Esperaba que fuera interesante, al menos. Mañana por la mañana voy a la ciudad para que me prueben los vestidos de primavera. Avísame cuando el señor Gouvernail se haya marchado; estaré en casa de mi tía Octavie.

Aquella noche fue a sentarse sola en un banco situado bajo un roble vivo, al borde del sendero de grava.

Nunca había conocido sus pensamientos ni sus intenciones tan confusos. No podía sacar de ellos nada salvo la sensación de una necesidad clara de abandonar su casa a la mañana siguiente.

La señora Baroda oyó pasos que crujían sobre la grava; pero en la oscuridad solo pudo distinguir el punto rojo de un puro encendido que se acercaba. Supo que era Gouvernail, pues su marido no fumaba. Esperaba pasar inadvertida, pero su vestido blanco la delató. Él arrojó el puro y se sentó en el banco a su lado, sin sospechar que ella pudiera objetar nada a su presencia.

—Su marido me ha pedido que le traiga esto, señora Baroda —dijo, entregándole un vaporoso pañuelo blanco con el que a veces se envolvía la cabeza y los hombros.

Ella aceptó el pañuelo con un murmullo de gratitud y lo dejó reposar sobre su regazo.

Él hizo alguna observación trivial acerca del efecto pernicioso del aire nocturno en aquella estación. Luego, mientras su mirada se extendía en la oscuridad, murmuró, medio para sí:

«¡Noche de vientos del sur, noche de pocas y grandes estrellas!

¡Noche quieta y soñolienta...!»

Ella no respondió a aquel apóstrofe a la noche, que, en realidad, no iba dirigido a ella.

Gouvernail no era en modo alguno un hombre tímido, pues no tenía conciencia de sí mismo. Sus periodos de reserva no formaban parte de su naturaleza, sino que eran fruto de sus estados de ánimo. Sentado allí, junto a la señora Baroda, su silencio se deshizo por un rato.

Habló con libertad e intimidad, con un arrastrado acento bajo y vacilante que no resultaba desagradable al oído. Habló de los viejos días de universidad, cuando Gaston y él habían significado mucho el uno para el otro; de los días de ambiciones agudas y ciegas y de vastos propósitos. Ahora quedaba en él, al menos, una aquiescencia filosófica ante el orden existente: solo el deseo de que se le permitiera existir, con, de vez en cuando, una pequeña bocanada de vida auténtica como la que respiraba en aquel momento.

La mente de ella apenas captaba vagamente lo que él decía. Su ser físico predominaba por el momento. No pensaba en sus palabras, solo bebía los tonos de su voz. Quería extender la mano en la oscuridad y tocarlo con las sensibles yemas de los dedos en el rostro o en los labios. Quería acercarse a él y susurrarle algo contra la mejilla — no le importaba qué —, como habría podido hacer si no hubiera sido una mujer respetable.

Cuanto más fuerte se hacía el impulso de aproximarse a él, más se alejaba ella en realidad. En cuanto pudo hacerlo sin apariencia de demasiada grosería, se levantó y lo dejó allí solo.

Antes de que ella llegara a la casa, Gouvernail había encendido un puro nuevo y había terminado su apóstrofe a la noche.

Aquella noche, la señora Baroda estuvo muy tentada de contarle a su marido — que era también su amigo — aquella locura que se había apoderado de ella. Pero no cedió a la tentación. Además de ser una mujer re-

spetable, era una mujer muy sensata; y sabía que hay batallas en la vida que un ser humano debe librar a solas.

Cuando Gaston se levantó por la mañana, su esposa ya se había marchado. Había tomado un tren temprano hacia la ciudad. No regresó hasta que Gouvernail se hubo ido de su casa.

Se habló de volver a invitarlo durante el verano siguiente. Es decir, Gaston lo deseaba mucho; pero aquel deseo cedió ante la enérgica oposición de su esposa.

Sin embargo, antes de que terminara el año, ella propuso, por iniciativa propia, que Gouvernail volviera a visitarlos. Su marido quedó sorprendido y encantado con aquella sugerencia venida de ella.

—Me alegra, *chère amie*, saber que por fin has superado tu antipatía hacia él; la verdad es que no la merecía.

—Oh —le dijo ella, riendo, después de depositar un largo y tierno beso en sus labios—, ¡lo he superado todo! Ya lo verás. Esta vez seré muy amable con él.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**